

Geoffrey Bruun

LA EUROPA DEL SIGLO XIX (1815-1914)

I. Reacción política y progreso económico (1815-30) (fragmento)

Más que el de 1800, el año de 1815 es el umbral lógico de la Europa del siglo XIX. Los tremendos golpes de la Revolución francesa y de las Guerras napoleónicas habían agrietado las rígidas instituciones del antiguo régimen. Cuando se calmaron los sacudimientos y disminuyó el estruendo, los europeos se encontraron viviendo en sitios antiguos reconstruidos a medias, a medias empobrecidos, pero dentro de un marco más amplio y con corredores más espaciosos que los de la arquitectura estrecha que en su crecimiento habían expansionado. Los estadistas de la Era de la Restauración, que repararon la resentida estructura después de la caída de Napoleón, han sido acusados de planear para el pasado y no para el futuro de la sociedad europea. Es una acusación que los historiadores liberales, después de que ha pasado todo, se han complacido a menudo en subrayar, pero es un cargo que desconoce casi por completo el espíritu y los propósitos del acomodo que se produjo con la Restauración.

Hay que tener en cuenta que los estadistas reaccionarios que acudieron a Viena en 1814, para autenticar el testamento revolucionario, no eran ni anticuarios ni profetas; eran diplomáticos atormentados, enloquecidos por los imperiosos problemas del presente. Su objeto era restablecer la paz después de un cuarto de siglo de arbitrarios manejos políticos y de guerra casi incesante; y decidieron, muy humanamente, que la seguridad podría alcanzarse mejor invocando los principios contrarrevolucionarios de la inmovilidad política y la permanencia dinástica. Allí donde los viejos límites sobrevivieron y podían prestar un útil servicio, los repararon. Pero su propósito fundamental no fue restaurar las injusticias del

antiguo régimen, sino sus memorables virtudes, sobre todo los beneficios de un gobierno estable y la seguridad de un sistema de Estados en equilibrio razonable.

Juzgados conforme a estos sobrios propósitos, los diplomáticos que redactaron los tratados de Viena fueron hábiles estadistas. El arreglo general que idearon fue subsecuentemente modificado en detalle, pero a lo largo de un centenar de años se modificó sin rebasar la órbita de sus fórmulas prudentes. El Congreso de la Paz había sido convocado, como reconoció su secretario Friedrich Gentz, para dividir entre los victoriosos los despojos del vencido, delicada operación que se ejecutó prestando la debida atención a la compensación recíproca, y sin rencor ni espíritu de venganza innecesarios. Después de 1815, las grandes potencias evitaron recurrir a las armas durante cerca de 40 años; y, cuando se produjeron guerras, se libraron por objetivos limitados, y fueron conflictos que se pudieron aislar y a los que nunca se les permitió alcanzar proporciones ruinosas y agotadoras. A pesar de numerosos defectos, el arreglo alcanzado en Viena puede verse, en perspectiva, como la puerta de un siglo de poder, estabilidad y expansión. Abrió el más largo periodo exento de guerra general que Europa había conocido desde la época de la paz romana, de los siglos I y II de la era cristiana.

La forma de la historia europea después de 1815 dependió del juego recíproco de tres factores principales, uno político, otro naval y otro más económico. El factor político fue el ascendiente transitorio de las cuatro potencias victoriosas, Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia. Eclipsada Francia, estos "Cuatro Grandes" estuvieron en situación de redibujar el mapa de Europa hasta darle casi todas las formas que pudieran parecerles mutuamente aceptables. El segundo factor, igualmente importante para dar forma a cualquier arreglo realista, fue el de la supremacía naval de Inglaterra. En ninguna parte del globo existía una armada, o una alianza de fuerzas navales, que fuera lo suficientemente fuerte como para desafiar al señorío inglés de los mares. El tercer factor, menos evidente para la mayoría de los diplomáticos europeos, pero que en potencia era el más poderoso de todos, como árbitro de los destinos de Europa, fue la mecanización de la industria. Las "lóbregas fábricas de Satán" estaban a punto de liberar sus rítmicas energías y la máquina de vapor esperaba para transformar la vida económica europea. Estimar la influencia de estos tres factores no es nada fácil, y el método que he adoptado consiste en considerarlas individualmente, en el orden mencionado.

La reconstrucción política del continente era una preocupación primordial para los gobiernos de Austria, Rusia y Prusia. Austria, cuatro veces derrotada por las aplastantes campañas napoleónicas, mostró un sorprendente poder de recuperación; y la elección de Viena para el Congreso de la Paz fue el tributo que se pagó a este prestigio renacido. La elección fue un tributo también al espíritu

emprendedor de Klemens von Metternich, el Ministro de Relaciones Exteriores de Austria, que desplegó sus talentos sociales y diplomáticos como cicerone de los delegados reunidos. Metternich se consideraba predestinado a “apuntalar una casa en ruinas”. Y temía, con razón, que el reino de los Habsburgos se desintegraría si las corrientes nacionalistas y liberales, provocadas por la Revolución francesa, se desbordaban de nuevo para inundar Europa. El Imperio del Danubio se había convertido en un anacronismo histórico en la era de los estados nacionales; pues, aunque por su extensión y su población Austria era una gran potencia, su sociedad seguía siendo feudal y aristocrática, y sus dispares segmentos comprendían minorías alemanas, magyares, polacas, checas, croatas, italianas y otras más de menor importancia. Sin embargo, el tinte de la tradición era fuerte, el orgullo dinástico de los Habsburgos más fuerte todavía, y el colapso del *imperium* francés había hecho de Austria el campeón predestinado de las fuerzas conservadoras. Cuando Viena fue la anfitriona de Europa en 1814-1815, las recepciones fueron tan brillantes, la música tan seductora, las mujeres tan hermosas y el prestigio de la corte austríaca, aparentemente, tan inexpugnable como antes. El imperio Habsburgo ingresó en su ciclo final bañado en el dorado resplandor de un veranillo de San Martín, que parecía ser el retorno de la primavera.

Externamente por lo menos, Austria no parecía haber cambiado mucho bajo los rudos golpes de la era revolucionaria. Las distantes provincias belgas (los Países Bajos austríacos) se habían perdido para siempre, pero en compensación, los Habsburgos conservaban los territorios de la fenecida República de Venecia y la provincia de Lombardía. El Sacro Imperio Romano, no revivió (esa ficción arcaica se había desbaratado en 1806), pero Austria encabezó una nueva creación diplomática, la Confederación Alemana. Era una liga, poco apretada, de 38 Estados alemanes, cuyos gobiernos enviaron delegados a una dieta que se reunía en Francfort del Meno. Las esperanzas de instituciones más liberales y de una unión nacional más estrecha, que habían encendido muchos corazones alemanes en el fervor del *Freiheitskrieg*, se vieron frustradas por esta débil convención. Aunque la carta constitucional de la Confederación Alemana ofreció “una forma de gobierno representativo” a los Estados miembros, la presión austríaca anuló en la práctica esta disposición.

Al igual que Austria, Prusia recuperó en Viena el perdido prestigio y el regateo territorial sumó parte de Sajonia y toda la Pomerania sueca a las posesiones de los Hohenzollern. Pero los esfuerzos bélicos contra los franceses habían agotado los limitados recursos del Estado prusiano, que necesitaba una década, o más, de convalecencia. De manera que Prusia llevó a cabo una prudente política de atrincheramiento y recuperación después de 1815, en tanto que Austria dictó su voluntad a los Estados alemanes menores y fijó el tono de la política en la Europa Central.

Los intereses rusos estuvieron representados en Viena por el zar Alejandro I en persona. La personalidad de este “Hamlet coronado” al que Napoleón llamó “bizantino mañoso”, desconcertó a sus contemporáneos. Parecía incongruente que el autócrata de todas las Rusias abrigara sentimientos auténticamente liberales. Sin embargo, Alejandro había discutido con Napoleón en contra de la monarquía hereditaria, y había solicitado a Thomas Jefferson informes acerca de la Constitución de los Estados Unidos, cuando la palabra república era anatema para sus principescos colegas. En el corazón del zar, los impulsos de un humanitario luchaban contra los cálculos de un estadista, y hasta el año de 1820 siguió soñando con una constitución liberal para Rusia. Pero el arrastre de la tradición resultó demasiado fuerte, la reacción triunfó y después de la muerte de Alejandro, en 1825, su hermano Nicolás I le aseguró a Metternich que los fogonazos del liberalismo místico no volverían a iluminar el horizonte oriental de Europa.

La Rusia zarista, al igual que Austria y Prusia, tenía poco que ganar y mucho que perder si se levantaba de nuevo la marejada revolucionaria. Los monarcas hereditarios de San Petersburgo, Viena y Berlín estaban tácitamente unidos por intereses y problemas semejantes, puesto que todos tenían que vigilar a minorías descontentas, y a todos les habían tocado pedazos del desmembrado Estado polaco. La “cuarta partición” de Polonia, consumada en Viena, le dio la mayor parte a Rusia, y Alejandro creó una monarquía constitucional polaca, que lo tenía a él como rey. Puesto que había conservado también Finlandia, de la que se habían apoderado sus ejércitos en 1809, y Besarabia, que se les había quitado a los turcos en 1812, Rusia salió de las guerras revolucionarias con conquistas más extensas que cualquier otra potencia continental.

Mientras los representantes de los “cuatro grandes” se reunían a puerta cerrada, dedicados a la tarea de repartir Europa, los delegados de los Estados secundarios hacían antesala. Sabían que la suerte de las naciones más pequeñas dependía de dos cuestiones: del deseo de castigar a los príncipes que habían permanecido leales a Napoleón durante largo tiempo, y del deseo de “contener” a Francia en el futuro, bloqueando los puntos más probables de expansión francesa. De esta manera, Dinamarca perdió Noruega, con su millón de habitantes, que pasó a poder de Suecia, pues esta última había sabido abandonar previsoramente la causa francesa ya desde 1812. Sajonia, elevada a la dignidad de reino por Napoleón, cedió dos quintas partes de su territorio a Prusia. Para bloquear la expansión francesa por el noreste, tres millones de belgas y más de un millón de holandeses se convirtieron en súbditos de Guillermo I de la casa de Orange, para formar el reino de los Países Bajos Unidos. En el sudeste, se contrarrestó un posible resurgimiento de la presión francesa garantizando la independencia de Suiza, y fortaleciendo el reino de Piamonte-

Cerdeña, donde se restauró la casa de Saboya y al que se le entregó la difunta República de Génova para darle más peso. Decididamente, los hacedores de la paz de 1815 no querían saber nada con las repúblicas, Lombardía y Venecia pasaron a ser provincias de los Habsburgos. En Nápoles, un pretendiente Borbón, Fernando I, fue coronado rey de las Dos Sicilias; mientras que, en la Italia Central, los Estados papales volvieron a estar sujetos, una vez más, a la férula temporal del papa Pío VII. El principio de la legitimidad triunfó igualmente en la península ibérica: Fernando VII recuperó el trono español y Portugal quedó sujeto a la casa de Braganza.

Sin embargo, la más notable reivindicación del principio de la legitimidad fue el retorno de Luis XVIII a París, donde proclamó su firme voluntad de soldar la cadena del tiempo, cortada por el “fatal interludio” de la Revolución francesa. El imperturbable Talleyrand, que había abandonado a Napoleón para pasarse al lado de los Borbones, se presentó en Viena como el ministro plenipotenciario de Luis XVIII, y llevaba la legitimidad como su carta de triunfo. Convenció a los “cuatro grandes” de que sería una contradicción de principio ofrecerle a Luis XVIII un reino truncado: Francia debía devolverse intacta a los Borbones. La inesperada fuga de Napoleón de su exilio en la isla de Elba, y su breve recuperación del poder durante los “Cien Días”, demostró que muchos franceses no se habían arrepentido y este “último vuelo del águila” hizo que los aliados trataran con mayor severidad a Francia. Después de Waterloo, Napoleón fue enviado a Santa Elena, los límites franceses se redujeron de nuevo y se le impuso una indemnización de 700.000.000 de francos a la temible y perturbadora nación. Pero tres años más tarde, cuando el gobierno Borbón parecía estar sólidamente establecido, los ejércitos de ocupación se retiraron y se permitió a Francia sumarse a las cuatro potencias victoriosas en una quintuple alianza.

Siete años después de Waterloo, se le ofreció al régimen de Luis XVIII una oportunidad especial de demostrar su genuino conservadurismo. El Congreso de Verona (con la inconformidad del gobierno inglés), autorizó a Luis para enviar un ejército francés a España, y suprimir allí las manifestaciones liberales, con el objeto de apuntalar el vacilante trono del despreciable Borbón que fue Fernando VII. El péndulo de la política exterior francesa había recorrido un arco completo desde aquel día desafiante, treinta años antes, en que la Primera República Francesa declaró la guerra a todos los reyes. Francia ya no era la “nación revolucionaria”, y la música prohibida de la Marsellesa parecía ser el eco moribundo de un sueño fantástico. En 1821, Napoleón murió en Santa Elena. Su hijo y heredero, “el Aguilucho”, criado en Viena bajo la mirada vigilante de Metternich, era la sombra de un gran hombre, un joven desdichado y destinado a una muerte prematura. El legitimismo

había triunfado, la reacción estaba a la orden del día y Europa se había recuperado del “veneno de las ideas francesas”.

Habiendo vencido a Napoleón y restablecido la paz, los gobiernos inglés, ruso, austríaco y prusiano concertaron en 1815 un pacto de amistad de 20 años. Sus voceros subrayaron la intención de conservar intacto el acuerdo de paz y perpetuar el Concierto de Europa a través del “gobierno mediante conferencias”. En Aquisgrán (1818) la maquinaria internacional rechinó, mas siguió funcionando. Pero en la Conferencia de Troppau y Laibach (1820-1821) el gobierno inglés manifestó ya su inconformidad con sus aliados continentales, en materia de intervención conjunta en los asuntos de las naciones perturbadas. Metternich y sus colegas conservadores se alarmaron por las agitaciones estudiantiles en las universidades alemanas y por los estallidos revolucionarios en Nápoles y en España. A pesar del disentimiento inglés, los gobiernos de Austria, Prusia y Rusia, respaldaron el “Protocolo de Troppau” en el que se declaró que cualquier Estado que hubiese sufrido un cambio de gobierno a través de una revolución quedaría excluido del Concierto Europeo. Cuando las tres potencias votaron en favor de la intervención en España, Inglaterra se negó a cooperar. George Canning, que fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, después del suicidio de Castlereagh (1822), separó a Inglaterra del “areópago europeo”, y el Congreso de Verona de ese año señaló la bifurcación de los caminos. De tal modo, la Cuádruple Alianza perdió significado antes de transcurrida la mitad de sus proyectados 20 años, y el gobierno *tory* en Londres, odiado por los liberales ingleses, se convirtió en la esperanza de los liberales del exterior.

Al reanudar Inglaterra su política tradicional de aislamiento, el sistema del Congreso quedó anulado. El exaltado espíritu posbélico de 1815 se había evaporado, y su expresión más idealista, la Santa Alianza, propuesta por Alejandro I de Rusia, estaba muerta ya. La proposición mesiánica que hizo Alejandro a sus colegas, de que “el único principio de fuerza, ya sea entre los dichos gobiernos o entre sus súbditos, debería ser el de prestarse servicios recíprocos”, había sido aceptado “en principio” por la mayoría de sus colegas príncipes, pero no ejerció influencia manifiesta en sus políticas. Hacia 1822, el recordado idealismo y el espíritu de sacrificio de los años de guerra habían cedido su lugar a los cálculos y las componendas de paz. Canning recibió de buen grado el retorno a la diplomacia más realista de “cada nación para sí, y Dios para todos”, e Inglaterra reanudó su marcha independiente en los asuntos europeos y mundiales.

Al debilitarse el Concierto Europeo, el segundo factor que mencioné anteriormente –el predominio del poderío naval inglés– se convirtió en una influencia decisiva, especialmente cuando operó contra la alianza conservadora. En el corazón de Europa, los gobiernos de Austria, Prusia y Rusia podrían hacer su voluntad, pero

ningún Estado que tuviera costas, o un comercio marítimo, o colonias en ultramar, podría pasar por alto la presión naval inglesa. Fernando VII de España no tardó en aprender esto cuando Canning otorgó reconocimiento condicional (1822) a los gobiernos establecidos por los rebeldes coloniales españoles, en Sudamérica, donde los esforzados trabajos de Simón Bolívar, el Libertador, y de José de San Martín, habían establecido repúblicas independientes desde Caracas hasta Chile. Las potencias conservadoras simpatizaban con la “legítima” pretensión de Fernando al dominio de la América española; el gobierno ruso ofreció sus barcos para transportar una fuerza punitiva al Nuevo Mundo. Pero la ayuda inglesa a los rebeldes, y el dominio inglés de los mares, hizo impracticable tal expedición. El comercio con las nuevas repúblicas les estaba rindiendo pingües beneficios a los ingleses, y los emprendedores banqueros londinenses habían encontrado prometedores campos de inversión en la América Latina. No tenían deseo alguno de que España reafirmara un rígido monopolio económico sobre su perdido imperio de cerca de 4.000.000 de millas cuadradas, y 12 o 15 millones de habitantes.

La explotación colonial europea del Nuevo Mundo estaba llegando a su término, y fue una nación del Nuevo Mundo, como debiera ser, la que proclamó este hecho ante los gabinetes europeos. En su informe anual al Congreso de los Estados, en 1823, el Presidente James Monroe declaró que era “un principio en el que están comprendidos los derechos y los intereses de los Estados Unidos, el de que los continentes americanos, por la libre e independiente condición que han cobrado y mantienen, no habrán de ser considerados en lo sucesivo como sujetos de una futura colonización por parte de ninguna potencia europea”.

El incentivo inmediato de esta histórica declaración fue una proposición que el gobierno ruso había hecho a Inglaterra y a los Estados Unidos para que las tres naciones definieran sus intereses en la costa del Pacífico de la América del Norte. Pero un motivo más apremiante que la declaración de Monroe, fue el temor de que España, con el respaldo de la alianza europea, recuperara el dominio de las repúblicas americanas, que tan recientemente habían proclamado su independencia. El sistema político de las monarquías europeas, afirmó enfáticamente el presidente, era en esencia diferente del de las Américas. Y así declaró que “la sinceridad y las amistosas relaciones que existen entre los Estados Unidos y esas potencias, nos obligan a declarar que consideraremos cualquier intento de su parte por extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y seguridad”.

Esta atrevida admonición a los soberanos aliados, proferida por una república novel, no habría modificado por sí sola sus intenciones. La doctrina Monroe se convirtió en piedra angular de la política exterior de los Estados Unidos porque la respaldó el poderío de la flota inglesa. En efecto, Canning había propuesto una

declaración conjunta anglonorteamericana, pero los estadistas de Washington desconfiaban de las intenciones inglesas. Tal como se dio a conocer, el mensaje de Monroe cobró la forma de un gesto independiente, importante sobre todo en virtud de sus posteriores amplificaciones. El Congreso de los Estados Unidos no ratificó la declaración por el momento, y las potencias europeas hicieron como si la desdeñaran. Pero subsistió el hecho de que Inglaterra y los Estados Unidos habían indicado su intención común, aunque independiente, de preservar la libertad en las repúblicas americanas españolas. Como consecuencia inmediata de esto, España perdió toda oportunidad de recuperar las rentas coloniales, que durante tan largo tiempo habían sostenido su enfermiza economía. Pero tuvo un segundo resultado de importancia mucho mayor y más permanente. La exclusión de la presión europea y de los ejércitos europeos del Nuevo Mundo significó que, durante un siglo, los Estados Unidos se libraron de la carga de mantener un gran ejército para defender sus fronteras. Las ligeras contribuciones y la considerable libertad individual, que los norteamericanos llegaron a apreciar tan altamente, no fueron del todo el resultado de sus liberales instituciones republicanas. Más bien, el desarrollo de esas instituciones dependió de la inexistencia de vecinos fuertes y militantes, y de la seguridad que le otorgó su aislamiento político y geográfico. *Amerika, du hast es besser*, observó Goethe con su acostumbrada visión, y predijo que llegaría el día en que las naciones del Nuevo Mundo emularían las realizaciones del Viejo, y en que sus bajeles juntarían el comercio de ambos océanos a través del abierto Istmo de Panamá.